

# ASI MURIÓ EL "CHE"

*Antonio Arguedas, ministro de Gobierno del Interior de Bolivia por aquellas fechas, relata la captura y muerte del «Che», según versiones de los hechos del suboficial Terán, quien mató al «Che», y de los soldados Balboa, que le capturó, y Aliaga, que hizo una de las primeras guardias en La Higuera.*

Antonio Arguedas declaró al periodista:

El domingo 8 de octubre de 1967, día en que fue capturado el comandante Ernesto «Che» Guevara, yo me encontraba visitando las milenarias ruinas de Tihuanaco, cerca del lago Titicaca.

Al día siguiente, lunes 9, me enteré de que el «Che» había caído prisionero, cuando a las 12,30 me entrevisté con el Presidente Barrientos en el Palacio Quemado.

El me dijo: «Ha caído el «Che» Guevara». Yo respondí: «¿Qué pena!».

El agregó: «Yo también lo siento. Era un tipo "macho"». Luego indagué: «¿Y ahora qué van a hacer?». El me reveló: «Estos "cascos" han decidido ejecutarlo».

Esa decisión ya estaba cumplida a tal hora, puesto que el «Che» ya estaba muerto.

Sobre el «Che» Guevara se han difundido muchas versiones, tanto de sus acciones guerrilleras como de su muerte. Se le han atribuido frases y se le han fabricado leyendas, ya que, sin duda alguna, la prensa reaccionaria del mundo tenía y tiene como objetivo el desorientar a la opinión pública mundial sobre la naturaleza real de este hecho histórico de la liberación de los pueblos. La siguiente es una versión apegada a la verdad, sin lirismos ni leyendas.

## La captura

Si bien por un azar de las circunstancias logré conocer al victimador del comandante Ernesto Guevara y escuchar su relato acerca de la forma en que murió el líder guerrillero, no obstante las

elevadas funciones de gobierno que ocupaba, no pude obtener detalles entonces acerca de su captura. La Embajada norteamericana, las agencias de noticias y algunos agentes de la CIA, camuflados de periodistas, y el propio ejército se dieron a la tarea de propalar versiones interesadas en ocultar la verdad o simplemente en guardar un absoluto silencio.

Pero cuando me encontraba detenido e incomunicado en las celdas de la Dirección de Investigación Criminal de La Paz, en agosto de 1968, pude conversar con los soldados que participaron en el combate de La Higuera.

El gobierno boliviano consideraba que los ex «boinas verdes» entrenados por «Pappy Shelton» eran hombres que se identificaban plenamente con el régimen y que estaban totalmente vacunados contra el «virus comunista», y cuando fueron licenciados del ejército los reclutó para un cuerpo represivo especial denominado FURMOD.

Y fue precisamente a la FURMOD a la que los generales Barrientos y Ovando ordenaban la custodia de mi persona, aleccionando a los agentes para que me trataran «como a cualquiera de los guerrilleros capturados».

Las primeras cuarenta y ocho horas que pasé en la DIC, mis guardianes ni siquiera me hablaron, pero luego comenzaron a platicar de paracaidismo, andinismo y otras trivialidades. Pausadamente fuimos adquiriendo confianza recíproca.

Mi primer amigo fue el ex soldado Aliaga, quien fue uno de los que montó guardia de «centinela de vista» al «Che» prisionero. El ex conscripto demuestra una inteligencia clara y buena memoria. Es de formación izquierdista. Militó en la célula «Lincoln-Murillo-Castro», un grupo revolucionario que tenía un gran ascendiente en-

tre los trabajadores mineros de Catavi y «Siglo XX».

Aliaga, hijo de un trabajador minero, quedó muy impresionado por las acciones en las que había participado y guarda en su memoria hasta los detalles más pequeños. Un día se anunció que esa noche vendría a visitarme Balboa, uno de los soldados que capturó al «Che» Guevara.

Con Balboa platicamos de temas intrascendentes. Se mostraba renuente a conversar sobre las guerrillas. En cierto momento le ofrecí como obsequio mi cámara «Leica», para que me narrara detalles de la captura, pero eludió una respuesta concreta. Abriga el temor de que se pudiera cometer una «vendetta».

Una noche preparamos chocolate en mi celda. Mientras fumaban cigarrillos y sorbían lentamente sus porciones, los soldados comenzaron a recordar el combate de La Higuera.

Según versión de los soldados Balboa, Choque y Encinas, de la Compañía B del Regimiento «Rangers», sirvientes de un grupo de morteros, el comandante Guevara cayó prisionero como a las 11 de la mañana del día 8 de octubre. En una de las quebradas que se desprendían de La Higuera vieron asomar a un guerrillero que llevaba un fusil en bandolera. Con el brazo derecho sostenía a un hombre herido y con el izquierdo a otro que tenía el rostro cubierto de sangre. Quien cargaba con los dos era el boliviano Simón Cuba, «Willy», y sus compañeros eran el comandante Guevara, quien había sido alcanzado por un disparo a la altura del músculo flexor de la pierna derecha, lo cual le impedía caminar. El hombre que tenía el rostro cubierto de sangre era Aniceto Reynaga, profesor boliviano, que había recibido un impacto de bala en la base de la nariz, el cual le dejó ciego. Cuando Balboa

les gritó que se rindieran, «Willy» no tuvo tiempo de soltar a los que dificultosamente cargaba, ya que, además de Balboa, se vio rodeado por Encina y Choque. No tuvo más remedio que rendirse.

Sobre este histórico momento, el soldado Balboa me dijo en la DIC: «Como boliviano, estoy orgulloso de Simón Cuba. Cuando vi aparecer a los tres guerrilleros hubiera querido tener ojos de escultor para hacer un monumento. Lo hubiera compuesto con la figura de aquel hombre, con el fusil en bandolera y cargando a sus dos compañeros heridos».

«Willy», imposibilitado para pelear, tiró al suelo su fusil y dijo con voz fuerte y autoritaria:

«¡Carajo!, este es el comandante Guevara y lo van a respetar».

Balboa quedó aplastado por la noticia. Y casi mecánicamente, como un primer homenaje al prisionero, le dijo: «Tome usted asiento, señor».

El «Che» puso a un lado su carabina «M-1» reformada, que había sido destruida por un impacto que recibió en la recámara. Era un arma de fabricación norteamericana con el número 744-520. Además había perdido el cargador de su pistola y únicamente portaba una daga. Con mucho cuidado sostenía una ollita donde llevaba seis u ocho huevos cocidos.

El «Che» preguntó a sus captores que cómo estaban y los invitó a fumar. Llevaba consigo cigarrillos marca «Astoria», que son de los más corrientes que hay en Bolivia y que cuestan algo así como 1,50 pesos; los soldados aceptaron aquella amistosa invitación y fumaron. Mientras tanto, Reynaga se quejaba, pero más que de su herida lo hacía de su situación, diciendo: «¡Ya no sirvo para nada!».

Después de fumar, los soldados cobraron dimensión de la realidad. Balboa dijo a sus compañe-



El domingo 8 de octubre de 1967 recibían el Presidente Barrientos y el general Ovando la noticia de la captura del «Che». Después de una reunión con varios generales y el jefe de la CIA en Bolivia, en la que se decidió la muerte del guerrillero, Barrientos transmitió a Valle Grande una orden por radio: «Saluden a papá» (sobrenombre que habían asignado a Guevara). Cuando Ovando se dirigía en avión a Valle Grande, acompañado de periodistas, se suponía que ya se había cumplido la ejecución. No era así, pues se había producido una demora. El encargado de matar al comandante Guevara fue el suboficial Terán Ortuño, quien, provisto de una carabina «M-2», entró en la celda del prisionero y disparó dos ráfagas. La primera le destrozó las piernas. La segunda le hirió en brazo, hombro y corazón. El cadáver fue trasladado de La Higuera a Valle Grande, donde fue exhibido (foto).

ros: «¿Qué hacemos?». Fue entonces cuando el «Che» tuvo por instantes la posibilidad de ser puesto... ¡en libertad! Los soldados estaban cohibidos y anonadados. «¿Lo soltamos?», dijo otro de los captores. Luego, atolondrado, se disculpó: «Es que... así no lo llevamos prisionero».

Pero el soldado Choque dijo que no, que había que dar parte al sargento Bernardino Huanca. Este llegó con otro grupo de soldados y al saber quién era el guerrillero capturado le dio un culatazo en el pecho. El «Che» protestó:

—No sea cobarde, hombre. No me golpee. Pero si gusta, dispare.

Pero el mismo Huanca dudaba de la personalidad del prisionero y por eso mandó avisar al capitán Gary Prado. Cuando éste llegó, se dirigió al «Che»:

—¿Usted es el comandante Guevara?

—Sí. Yo soy el «Che» Guevara —respondió, lacónico, el interrogado.

Viéndolo herido, Prado ordenó a los soldados Choque y Donaíre Zarzuela que cargasen al «Che» y lo condujeran a La Higuera. Otros dos soldados se hicieron cargo de Reynaga y Cuba. A éste le amarraron las manos por de-

trás. En el camino encontraron un grupo de soldados heridos en el reciente combate. Fue entonces cuando el «Che» dijo a Prado que, siendo él médico, quería curar a los lesionados.

Gary Prado respondió, agríamente, que no aceptaba su ofrecimiento, ya que el solo culpable de que aquellos hombres sufriesen era el «Che». Este respondió cortante que no, que él no era culpable, como tampoco Prado lo era por la muerte de los guerrilleros. Que la culpa debería echársele a la Revolución, que era el clamor de todos los pueblos. Lamentó que ambos estuviesen en posiciones antagónicas, agregando que no se podían imputar

los hechos a determinadas personas.

La marcha duró dos horas, llegando al pequeño pueblo de La Higuera —que apenas si tiene unas treinta casuchas y unos doscientos habitantes— como a las 7,30 de la tarde. Los campesinos, curiosos, salieron de sus chozas y contemplaron a los prisioneros con miradas agresivas.

Cojeando, el «Che» arribó a la pobre escuelita del poblado y fue metido en una de las aulas. «Willy» y Aniceto fueron acomodados en otras partes. En la habitación del «Che» pusieron los cadáveres de dos cubanos: «Arturo» y «Antonio». El prisionero fue encerrado con centinela de vista.

Adolorido, el «Che» se sentó en el suelo con los pies extendidos. A un lado estaban sus compañeros muertos. El los vio un instante, pero no comentó nada. Sólo elevó la mirada al techo, cargada de tristeza.

Una de las primeras guardias fue encomendada al soldado Allaga, de quien son muchos de estos datos. Como a las 9,30 el «Che» fue interrogado por el coronel Andrés Selich, pero el texto del diálogo se desconoce.

Después ingresó a la habitación el teniente Espinosa. Contempló al «Che», pero éste respondió con una mirada despreciativa a la del oficial. Cuando éste insistía, con ojos cargados de curiosidad, el prisionero volvió el rostro para no ver al tipo.

Esta reacción enojó a Espinosa. Se acercó al comandante Guevara y bruscamente lo agarró por la cabeza, diciéndole: «¿Qué te pasa?». El «Che», molesto, encogió la pierna sana y acomodó una patada al oficial, quien se retiró sin provocar otros incidentes.

Ya a la una de la mañana, varios oficiales entraron al aula para hablar con el «Che», entre ellos los tenientes Huerta y Pérez Panoso. Este se acercó al prisionero, todavía sentado en el suelo, y tomándole de la cara le dijo:

—¡Mito! ¡Ahora estás preso!...

¿Dónde está el mito del «Che»?

Una ira muy profunda se revolvió dentro del comandante Guevara, que hizo que escupiera al insolente. Le asestó un puntapié que le hizo caer de espaldas. El teniente Pérez Panoso se abalanzó para golpear al prisionero, pero los oficiales presentes intervinieron: «¡No seas así! ¿Cómo quieres pelear con un herido?».

Las últimas horas del «Che» transcurrieron entre maldiciones, escupitajos, puntapiés, confidencias, dolor, hambre y encargos. El no pudo oír, afuera, los inocentes ruidos de los grillos, los loros, los pájaros y otros insectos. Si el día de su captura el cielo estaba un poco nublado —tres octavos de cúmulos según mis anotaciones—, el día de su muerte sería despejado.

Seguramente que el comandante Guevara dio fin a sus cigarrillos, porque, con gana de fumar, pidió imperiosamente que le devolvieran su pipa. Solía traer dos: una, tallada por él, y otra, más fina, para fumar tabaco picado. Traída la pipa, faltaba el tabaco... ¿Qué hacer? Algo sencillo. Ni tardó ni perezoso, un militar de los presentes corrió al escritorio

del coronel Zenteno y, con toda tranquilidad, robó para el «Che» una pequeña lata de lámina, con etiqueta roja, de fino tabaco «Príncipe» importado. El prisionero agradeció mucho el presente y correspondió a la gentileza regalando al capitán Niño de Guzmán una de sus libretas de apuntes. En ella estaban escritos de su puño y letra poemas de «Canto general», de Pablo Neruda; «Aconcagua», de Nicolás Guillén; «Piedra de horno y noche cerrada», posiblemente escritos por el mismo «Che»; mientras tanto, su diario estaba siendo fotografiado por Félix Ramos, el agente de la CIA, utilizando la luz del sol.

## La muerte del «Che» Guevara

El domingo, 8 de octubre, a las dos de la tarde, el Presidente Barrientos y el general Ovando recibieron la información de la captura del comandante Guevara. Hubo una reunión del Alto Mando militar, y entre los concurrentes estuvieron el Presidente Barrientos, el general Ovando, el general Juan José Torres, el general Marcos Vázquez Sempértegui, los comandantes de las Fuerzas Naval y Aérea y el jefe de la CIA en Bolivia, John S. Tilton, así como el jefe de la misión militar americana.

En esa reunión se analizaron los hechos y se decidió lo que se iría a hacer con el «Che» Guevara. Fueron los generales Torres y Vázquez Sempértegui los que presentaron la moción de que se ejecutara al «Che» Guevara. Ninguno de los presentes se opuso al proyecto. Callaron aprobando la iniciativa fatal. Poco tiempo después, el general Ovando transmitía a Valle Grande esta orden: «Saluden a papá». «Papá» era el sobrenombre clave asignado al «Che». La orden pasó por radio.

● El reportero interrumpió el relato para preguntar: «¿Existe la pena de muerte en Bolivia?».

Respuesta del señor Arguedas: «En mi país, de acuerdo con la Constitución política, no existe la pena de muerte, pero el sistema represivo internacional del imperialismo norteamericano ha asesinado a numerosos compatriotas guerrilleros y revolucionarios sin proceso alguno, tales son los casos del guerrillero Jorge

Vázquez Viaña, del seminarista uruguayo Antonio Aydar, del comandante Inti Peredo y muchas otras personas».

P.—Entonces, ¿por qué no se hizo un juicio formal al comandante Guevara?

Respuesta de Arguedas: «El gobierno norteamericano y los impostores que ejercen el poder en Bolivia jamás podían correr el albur de un proceso judicial al comandante Guevara, ya que el proceso se hubiera convertido en una formidable tribuna de acusación en contra de los crímenes de los "boinas verdes" y de quienes, al servicio de un poder extranjero, sojuzgan a su propio pueblo».

P.—¿Pero no es delito hacer guerrillas en Bolivia?

Arguedas: «El delito de guerrillas no está tipificado en la legislación boliviana, sino en la llamada "Ley de Seguridad del Estado", que es inconstitucional. Un tribunal burgués, con solo respetar el ordenamiento jurídico, se hubiera visto obligado a absolver de culpa al comandante Guevara. Creo que, si bien la decisión de su muerte —según me dijo Barrientos— fue iniciativa de dos generales de escasas luces, es probable que ellos captaron, más que ninguno, el mandato imperialista de acabar con el comandante guerrillero. La perfidia del general Ovando radica en que, además de haber impartido la orden para la ejecución del «Che», ha intentado mellar el immaculado prestigio del guerrillero, atribuyéndole la frase: «He fracasado».

Si bien el Mando militar demostraba su satisfacción por la victoria obtenida, tanto los soldados como los pobladores de La Higuera comenzaron a intuir la proximidad del trágico fin de los prisioneros y su impotencia para poder cambiar una situación que veían injusta. Jefes, subalternos de la tropa y oficiales brindaban con sendos vasos de cerveza y vociferaban que la captura del «Che» significaba la derrota del movimiento guerrillero.

Fue en ese ambiente en el que el coronel Miguel Ayoro Montañó recibió la orden que le comunicaba «saludar a papá». Transmitió la misma al teniente Pérez Panoso, y éste luego al suboficial Mario Terán Ortuño y al sargento Bernardino Huanca.

Inicialmente se pretendió simular un motín entre la tropa para que, en la confusión, el «Che» fuese muerto, dando así al asesina-

to cierto aspecto de legalidad. Pero los soldados, obrando con súbita inteligencia y nobleza, se resistieron a obedecer la argucia de los oficiales, y fue por eso que se tuvo que recurrir a Terán y a Huanca como último recurso.

Los victimarios empuñaron sus carabinas «M-1». En el «lacy» —término que quiere decir construcción ruinosas en lengua aymará— que estaba al lado del aula donde se encontraba el «Che» yacía, amarrado, Simón Cuba, «Willy». Cuando Terán apareció en el lugar, Cuba comenzó a insultar al militar. Este respondió disparándole un tiro en la cabeza. Lo mismo hizo Bernardino Huanca con Aniceto Reynaga —quien se encontraba en el aula vecina a la del «Che».

Mario Terán Ortuño fue señalado por el destino para matar al comandante Guevara. Cuando «Willy» expiraba, Terán salió del «lacy» pensando en su próxima víctima. Pero consideró que su «M-1» no sería eficaz para abatir al coloso y, desviando su camino, se dirigió al lugar donde se encontraba el teniente Pérez Panoso y le pidió una carabina «M-2» que produce ráfagas. Y con esta arma más rápida, se encaminó a cometer el crimen.

● Presentaremos la escena de la muerte gloriosa del «Che» Guevara con las propias palabras de la víctima y el verdugo. Pero se impone la presentación de este último que nos hace el señor Arguedas:

El suboficial Mario Terán Ortuño es un hombre bajito, de 1,60 metros o unos centímetros más. Debe pesar unos sesenta y cinco kilos. Es de nariz delgada y, bajo ella, bigote ralo. De tez morena y ojos pequeños, de color castaño.

En los primeros meses de 1968 yo estaba haciendo apuntes sobre la guerrilla para tener un mejor conocimiento de la misma. Un oficial me dijo que, en aquel entonces, se encontraba en La Paz el victimario del «Che» Guevara y quise conocerlo. El oficial dijo a Terán que acudiera conmigo y que a lo mejor yo podría ayudarlo en el asunto que él andaba solicitando. Pidió audiencia. Se la concedí y ya en mi despacho le pregunté:

—¿Usted es el hombre que ejecutó al «Che» Guevara? Cuénteme cómo fue.

Terán me dijo que el gobierno había querido premiarlo por tal acto, pero sucedía que el beneficiado había sido otro Terán y no

## ASI MURIÓ EL 'CHE'

él; que solamente se le había entregado un reloj ordinario, corriente, de esos que apenas valen ochenta pesos. En la confusión, el otro Terán, sin «mérito» alguno, había sido enviado a estudiar con los «boinas verdes» disfrutando de una beca.

Este es el relato del suboficial Terán:

TERAN.—Cuando llegué al aula, el «Che» estaba sentado en un banco. Al verme, dijo:

«CHE».—¿Usted ha venido a matarme!

TERAN.—Yo me sentí cohibido y bajé la cabeza sin responder nada. Entonces él preguntó:

«CHE».—¿Qué han dicho los otros?

TERAN.—No han dicho nada —respondí apresuradamente.

«CHE».—¡Eran unos valientes! —comentó el «Che» refiriéndose a los recién muertos.

Esta conversación apenas si tomó treinta segundos. Mientras que el «Che» Guevara aparecía sereno, consciente de su fin, lúcido y con toda su vida concentrada en el busto y el rostro, Terán temblaba, como si el suelo vacilase bajo sus pies.

TERAN.—Comentando su debilidad: «No. No me atrevía a disparar. En ese momento vi al "Che" grande, muy grande, enorme. Sus ojos brillaban intensamente. Yo sentía que se me echaba encima, y cuando me vio fijamente, me dio un mareo. Pensé que, con un movimiento rápido, el "Che" podía quitarme el arma».

Luego Terán permaneció en silencio. La víctima iba a dar al verdugo conciencia plena del acto que no podía realizar.

«CHE».—¡Póngase sereno! ¡Apunte bien! ¡Va usted a matar a un hombre!

TERAN.—Di un paso atrás hacia el umbral de la puerta. Cerré los ojos y disparé la primera ráfaga. El «Che», con las piernas destrozadas, cayó al suelo. Se contorsionó y comenzó a regar muchísima sangre. Yo recobré el ánimo y disparé la segunda ráfaga, que le hirió en el brazo, en el hombro y en el corazón. El comandante Guevara había muerto.

● Cuando esto sucedía, el general Ovando ya se encontraba



Guevara, con unos compañeros de la guerrilla, en Bolivia. El «Che» es el quinto por la izquierda.

en Valle Grande, impaciente porque el cadáver del "Che" no llegaba para mostrarlo a la prensa nacional e internacional. La realidad es que se calculó mal y hubo demora en La Higuera para matar al guerrillero. Cuando Ovando volaba en un avión, acompañado de los periodistas, la víctima todavía estaba con vida y ya se le daba por muerto.

La madrugada era húmeda, casi fría; alborando, como a las seis, llegó al lugar un helicóptero, pilotado por el capitán Niño de Guzmán. Traía como pasajero al coronel Joaquín Zenteno Anaya y al agente de la CIA Félix Ramos Medina, quien había sido policía en Cuba durante la época de Batista. El coronel Zenteno se dirigió al teniente Huerta, indicándole le condujese a la habitación donde se encontraba el «Che».

Cuando Zenteno salió, el agente Ramos Medina interrogó al preso durante una hora y media. Esta grabación fue llevada a los Estados Unidos y ni siquiera las autoridades de Bolivia conocen su contenido. El agente se retiró como a las once, quedándose solo el herido.

Poco tiempo después se produ-

jo en La Higuera un curioso movimiento. Oficiales, soldados y pueblo exigieron ¡ser retratados con el «Che»! Este fue desamarrado y sacado afuera y en todos los grupos fue puesto al centro. A su lado posaron todos los «notables». El coronel, el telegrafista y la maestra, de quien tanto se ha hablado. Ella fue la que más insistía en salir en las fotos. Por cierto que no fue ella la que proporcionó comida al «Che», sino que éste se la procuró pidiéndola a uno de los soldados.

«¿Tienes alimento para patos?», dijo el «Che» refiriéndose al «mote», especie de maíz cocido que los soldados llevan en sus mochilas. El interpelado dijo que no. El soldado Aliaga sacó cincuenta centavos para comprar una pequeña porción de «mote».

Mientras el comandante comía, habló con su guardián, el soldado Aliaga. Su voz era reposada y triste, ya que estaba recordando a su esposa, Aleida, y a sus hijos, ausentes en Cuba. Aliaga escuchaba con atención y hasta con ternura. Entonces le dijo el «Che»: «Si algún día tú logras conversar con mi esposa y mis hijos, díles que me siento muy orgulloso de lo que he sido y que quisiera que mis hijos siguiesen

mi ejemplo». Luego, volviendo a un tono de voz más sereno, el «Che» habló larga y elogiosamente de Fidel Castro y del afecto fraternal que le tenía.

Cuando el «Che» expiró, su cadáver, aún caliente, fue arrastrado y acomodado en una camilla y llevado al sitio donde sería recogido por un helicóptero. El aula donde murió quedó regada de sangre en la pared y el suelo y ninguno de los soldados quería limpiarla. Fue un cura alemán avisado del hecho el que, pacientemente limpió las manchas. Luego, en un pañuelo guardó los proyectiles que habían segado la vida del héroe.

Cuando llegó el helicóptero, la camilla fue atada al patín de la nave y el cuerpo, aún vestido con su campera, cubierto con un lienzo blanco cualquiera. Como transcurrieron minutos entre la muerte y el arribo del cuerpo a Valle Grande, éste no adquiría aún rigidez cadavérica, pero ninguno de los periodistas allí presentes, en los que se supone sagacidad, se acercó para comprobar la reciente muerte del «Che» y la contradicción con los datos oficiales. El primero que se acercó a la máquina fue el agente de la CIA Eduardo «Eddy» González, un gusano que, en La Habana, había regentado un cabaret. En ese momento pudo desfogar su asqueroso odio de «gangster», y en lugar de contemplar con reverencia el viril rostro del caído, ¡lo abofeteó!; la cobardía de tal acto no solamente es imputable a un elemento de tal laya, sino a la prensa, que no registró el dato.

Muerto el «Che» Guevara, con su cuerpo se hicieron destrozos y con sus efectos, repartos. Su voz la tienen presa, enlatada en los Estados Unidos. Su diario de campaña y otros documentos están en poder de las Fuerzas Armadas. El fusil quedó en manos de Joaquín Zenteno Anaya. El reloj «Rolex», en el brazo del general Ovando. La pipa la tiene —y ojalá no en la boca— el sargento Bernardino Huanca. La campera ensangrentada se afirma que la guarda amorosamente el pueblo de Valle Grande, que no quiere soltarla a ningún precio. Uno de los soldados que participaron en las operaciones trató de «hebedar» los pobres mocasines hechos para el comandante Guevara con piel de animal montuno, pero como eran de cuero maltratado con la humedad, se descompusieron.